

cos; pero como era una buena muchacha, y el contratista general había perdido las tres cuartas partes de su fortuna, le hizo presentar de aquel modo su carta-orden. El buen hombre no tenía más que lágrimas, y las derramó sobre aquella conmovedora expresión de un amor perdido.

—Está bien (dijo Esther); todavía no hemos llegado al tú por tú; pero puesto que á casa de V. concurre buena sociedad, si me convida V. esta noche á comer, aceptaré su convite.

XIV.

Pero antes de ir á comer á casa del Conde, escribió Esther la siguiente carta á M. de Ravigny:

«Mi querido amigo: Advierto á V. que corre gran peligro de representar Sganarello, si no regresa V. á París; afortunadamente para V., siempre le quiero bien, y he procurado apagar el incendio. Hay aquí un hombre que V. conoce, el cual vuelve locas á todas las mujeres; es una epidemia, es un volcán; no dudo que su mujer de V. será capaz de resistir hasta al mismo conde de Orsay; pero como es preciso que no se dude ni un momento de la esposa de M. de Ravigny, creo necesario que venga V. en seguida. Si no está V. aquí antes de un mes ó la hace V. partir para esa en el primer paquebot, no respondo de nada.... á menos que no me sacrifique yo por salvar á su esposa, que sería lo mismo que salvar el honor de V.... ¿Comprende V.?»

»ESTHER.»

Á esta carta de una amiga verdadera, contestó M. de Ravigny sin apresurarse, y como un hombre que no tiene miedo de nada. He aquí su carta :

«Mi bella amiga: No tenga V. ningún cuidado por los peligros que corra la Marquesa, pues es mujer que no cae al abismo aunque recoja flores á su orilla. Es de la familia de las mujeres que se ríen y no toman nada en serio. Puede dar cien vueltas á diez como el Conde. No acepto, pues, el sacrificio de V., pues sabe V. muy bien que mi amistad se ha vuelto celosa.»

El Marqués firmaba sólo con una *R.*

Al leer esta carta, sintió Esther como una puñalada en el corazón. Aquello era lo que recogía en premio de tanto amor y tanta bondad. ¡Tan sólo aquellas palabras tan frías, en el momento en que ella le abría los brazos! Conocía muy bien el corazón humano, pero no comprendía esa mundana vanidad que ciega á tantos maridos, y la cual puede resumirse en estas palabras: «¡Mi mujer no puede hacerme traición, porque es mi mujer!»

Esther derramó una última lágrima; pero esta vez era definitivamente el epitafio de su primer amor. Hiciera lo que hiciera ya M. de Ravigny, no se hubiera dignado volver á verle;

hiciera lo que hiciera su esposa, no se interpondría para salvarla. Pero el sacrificio estaba ya consumado; el diplomático había tardado en contestar; el Conde la amenazó un día con volver á casa de la Marquesa, y tuvo que sujetarlo con la dulce cadena de sus brazos.

MORALEJA.—El Conde no regresó sino cuatro meses después de haber representado Esther con tanta abnegación aquella comedia sentimental. Era ya demasiado tarde: encontró en la habitación de su mujer, entre once y doce, á otro primo de ella, un gallardo capitán de húsares, que había ido á revistar sin duda las gracias de la Marquesa.

Corrió la voz en el mundo elegante de que se había verificado un duelo, en el cual había resultado el marido con una herida muy grave. ¿Por qué se había batido? En alta voz se dijo que había sido por una bailarina de la Ópera; pero se añadía, en voz baja, que el verdadero motivo era una mujer ultrajada como Lucrecia. Seis meses después, hubo separación de cuerpo, por incompatibilidad de todo, entre el Marqués y la Marquesa. Cuando se lo refirieron á Esther, se contentó con responder :

—¿M. de Ravigny?... No le conozco.

Estas palabras fueron el obstáculo que impidió á M. de Ravigny decir á Esther que era una adivina.

Esther esperaba ver alguna vez de cerca á la señora de Ravigny: un día que se hallaba fumando unos cigarrillos con Napoleowski, le pasaron las tarjetas de dos señoras que iban pidiendo para los pobres; una era la baronesa de Marville y la otra la marquesa de Ravigny.

—No las recibas,—le dijo su amante.

—¡Oh! (respondió ella): no quiero perder la ocasión de ver cara á cara á la que te ama siempre.

Napoleowski conocía la voluntad soberana de Esther. Se ocultó, pues, en el tocador, casi al mismo tiempo que entraban las dos señoras. La Baronesa iba por los pobres; la Marquesa por curiosidad. Quería conocer á aquella mujer que había estado á punto de quitarle el marido y le había arrebatado el amante. No desesperaba, además, de encontrar allí al uno ó al otro. Hubiera sido una aventura. Á las mujeres de mundo les agradan las aventuras.

Esther estuvo irrepachable por su dignidad y por su gracia, lo cual desconcertó á la Marquesa, porque ya en aquel tiempo muchas señoras del barrio Saint-Germain prescindían algún tanto de la rigidez de la etiqueta, adoptando un abandono que ha llevado el desorden á la buena sociedad. Habló de los pobres, porque se contaba entre las más caritativas; pero también habló de modas, trajes, alhajas y otras mil co-

sas, por alargar su visita. Estaban en el gabinete. Esther las hizo ir al salón.

La Marquesa, después de pasar revista á todo, fingió equivocarse de puerta, y penetró en el comedor. Esther comprendió que la dama esperaba encontrar en su casa alguna persona á la que buscaba por todas partes; así es que se entretuvo en conducir á su alcoba á la señora de Ravigny.

—¡Qué maravilloso nido! (exclamó la Marquesa.) ¡Qué feliz debe ser aquí una mujer!

—¡Oh, señora!: la felicidad se burla de los mobiliarios.

—Pues bien; yo lo sería.

—Ya se desengañaría V., si se viera V. condenada á salir á la escena y á vivir en mi casa.

—Si fuera una gran comedianta como V.

—Las mujeres del gran mundo no tienen necesidad de pasar por el Conservatorio para saber representar comedias. ¿Quiere V. ver la cocina, señora?

La Marquesa comprendió que había ido demasiado lejos, y se retiró, tendiendo la mano á Esther.

Algunos días después las reunió la casualidad en un hotel, en el que la Comedianta representaba un sainete. Se saludaron con la máscara de la amabilidad. Durante la noche se encontra-

ron reunidas al ir á salir ambas por una misma puerta. La Marquesa se detuvo, y dijo á Esther:

—¡Pase V., gran comedianta!

—Después de V.!—respondió Esther á la Marquesa.

XV.

El orgullo.

Paseaba una mañana con Esther por los Campos Elíseos.

—«Aquí he venido yo cuando tocaba la guitarra,» me dijo. Y añadió después de un momento: «Aquí tuve tentaciones del diablo, como Jesús en la montaña. Ya desplegaba París su cola de pavo real en los Campos Elíseos como hoy día. Paseaba por aquí su lujo, su belleza y su orgullo. La una, orgullosa de su marido ó de su amante; la otra, de sus caballos ingleses; la de más allá, por recibir el saludo de los hombres más hermosos. Recuerdo que dije á mi hermana Valfa:

—»Mira, llegará un día en que habré salvado todos los obstáculos de la miseria y pasearé por aquí:

»Con mi lujo;

»Con mi belleza;

»Con mi orgullo.»

—Y bien (le pregunté): ¿ha franqueado V.